

Popocatépetl e Iztaccíhuatl, son el hombre y la mujer que no tienen edad porque son testigos en todos los tiempos de la Historia de México. Son la pareja simbólica en la que se reconoce la identidad de una nación construida en la cotidianidad de sus hijos.

La imagen de los volcanes permanece inalterable, atesorando en sus laderas y cimas la memoria ancestral de una cultura que nos enaltece por sabernos únicos. A sus pies en los valles, sometidos por el vértigo de una cibernética existencia, debemos detenernos como lo hace Jorge Obregón, para reconocer ese paisaje que tanto nos dice y emociona. Con su obra nos conduce de lo estético, a lo científico, nos renueva en sus colores como un signo vital en el que se añora el retorno a la naturaleza y nos devuelve a nosotros mismos completamente abrumados, gozosamente abrumados.

De ver, sentir y pintar a los volcanes es la obra de Jorge Obregón. Pasión y vocación. Un trabajo complejo, porque hay que subir y conocer la montaña, llegar a sus cimas, y de inmediato asimilar el panorama para reproducirlo plásticamente. Se hace necesario el estudio de la geografía y de las técnicas de travesía alpina para remontar los agrestes y yermos parajes. Acompañemos al entusiasta viajero del Altiplano que rescata la tradición paisajista, tan necesaria cuando se vive en ciudades que difícilmente se permiten apreciar el horizonte.

Arturo Montero

12 de febrero, al inicio del año mexicana